

Vaivenes del campo intelectual político cultural en la Argentina	Titulo
Wortman, Ana - Autor/a;	Autor(es)
Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2002	Fecha
	Colección
intelectuales; política; Cultura; Argentina;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20100916031820/30wortman.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Vaivenes del campo intelectual político cultural en la Argentina

Ana Wortman*

1. Introducción

Pensar sobre la cultura y producir bienes culturales¹ en la Argentina ha constituido una empresa atravesada por conflictos de corte ideológico político desde fines del siglo XIX y durante todo el siglo XX. Los escritores, los actores, los ensayistas y más recientemente una porción de los científicos sociales preocupados por la cultura piensan su objeto desde la política². Como señala Svampa, dada su corta historia, la política³ argentina siempre necesitó de la cultura para establecer sentidos y horizontes. También la cultura se apoyó en la política para establecer límites, linajes, definir actores, etc.

En Argentina, como también en el resto de los países latinoamericanos, existe una larga tradición intelectual de reflexión sobre la llamada cultura nacional realizada desde variados géneros discursivos —como el ensayo, el periodismo ficcional, la literatura, la dramaturgia, entre otros— la cual se propone dar cuenta de los problemas políticos nunca resueltos en nuestros países, textos en los que a su vez prevalecen las vivencias subjetivas del autor. Así, escritores y periodistas escribieron gran cantidad de páginas para reflexionar sobre la singularidad argentina a lo largo del siglo XX⁴.

Cierto estilo de reflexión sobre la cultura comenzó a cambiar, curiosamente, durante los difíciles años de la última dictadura militar de 1976. Si bien las ciencias sociales comenzaron a desarrollarse durante los años sesenta, en el marco de un proceso de modernización cultural vinculado, por un lado al proyecto desarrollista de Frondizi, a la existencia de un cierto bienestar económico y por otro, a la generación de un nuevo periodismo consumido por clases medias en el cual se difundía el saber sociológico como un producto moderno, se podría afirmar que —recién en los años de la última dictadura militar— comienza a generarse una reflexión de otro orden en la Argentina vinculada a la necesidad de intervención en el plano de la cultura⁵, a partir del reconocimiento, no sin conflictos, de la demanda de constitución de un campo intelectual.

Para abordar este problema vamos a recorrer diversos aspectos de la historia político cultural de las últimas décadas a partir de algunos textos emblemáticos de intelectuales que se proponen pensar la sociedad argentina a partir del vínculo cultura y política, como objeto pero también como sujetos que intervienen en la praxis. Para ello abordaremos la producción intelectual de Beatriz Sarlo y Oscar Landi sobre aspectos de la cultura y la política como: políticas culturales, consumos culturales, la presencia dominante de los medios de comunicación en el campo de la cultura y el papel de los intelectuales de la cultura, temas que expresan los nudos temáticos de cada momento histórico político argentino, desde los llamados tiempos de la transición de la dictadura a la democracia hasta el presente.

2. La cultura argentina en dos tiempos democráticos

2.1. *La mirada de los intelectuales de la cultura sobre el pasado reciente, pero cuál?*

La demanda política de formular políticas culturales en los años ochenta convocó a los intelectuales y artistas a reflexionar sobre quiénes eran los actores de la cultura, posicionamientos, concepciones ideológicas, etc. Este acontecimiento tuvo un impacto autoreferencial ya que en los debates apareció casi por primera vez la necesidad de delimitar un campo de los productores de la cultura, esto es un campo intelectual. Esta cuestión se contraponía al lugar sobredeterminado por la política que habían tenido los intelectuales una década atrás, donde el hecho de definirse como intelectuales no constituía una preocupación.

La transición democrática, que comenzó unos años antes del traspaso efectivo del poder, fue un escenario muy rico en balances y revisiones no sólo de lo ocurrido en el plano de la cultura como

consecuencia de la dictadura militar (1976-1983), durante el cual las voces de la cultura y de la esfera intelectual fueron silenciadas material y simbólicamente, sino también de los momentos de mayor efervescencia política, los años setenta. En los años ochenta, y con la transición, los espacios culturales constituyeron uno de los principales escenarios de reflexión y elaboración del nuevo momento político.

Desde la crítica cultural y un posicionamiento fuerte como intelectual de izquierda Sarlo problematiza la relación cultura y política, desde el momento que sostuvo un proyecto cultural⁶ en un contexto dictatorial desde las llamadas revistas culturales. Es necesario recordar aquí que, en la historia cultural argentina, las revistas culturales tuvieron un papel destacado en generar espacios de debate, confrontación y crítica poco institucionalizados⁷.

Así describe Sarlo (1984:79) el lugar de los intelectuales hasta mediados de los años setenta, momento que comienza la persecución política e ideológica de los representantes de la cultura y la política.

Argentina se había caracterizado, hasta mediados de la década del setenta, por una trama densa de las relaciones entre los intelectuales de izquierda y sectores del peronismo[...]. Las instituciones formales e informales del campo intelectual eran expresión pública de esta vida cultural rica y articulada. Además, tanto la izquierda como las tendencias radicalizadas del peronismo, mantenían un sistema de lazos lábiles pero relativamente estables con sectores populares: corrían los años en que los grupos teatrales independientes se proponían su camino hacia el pueblo con representaciones en las villas miseria, en que los artistas plásticos organizaban acontecimientos en sindicatos o sedes partidarias [...] en que grupos como *Cine Liberación* pusieron las cámaras al servicio de diferentes variantes del nacionalismo revolucionario o que cineastas formados en las vanguardias del sesenta⁸ argumentaban que había que utilizar la cámara como un fusil [...] fueron las utopías culturales de los años sesenta, utopías fuertemente marcadas por el mayo francés, la revolución cultural china, la idea difundida de que, por fin, en Cuba se habían unido esos polos. Se había impuesto el ideal de un intelectual vinculado estrechamente con los sectores populares. Esta trama compleja y también conflictiva, fue destruida por la dictadura militar en 1976.

En los análisis sobre el lugar de la cultura en el comienzo de la transición, Sarlo, es quien más insiste en reflexionar sobre este vínculo, ya que lo que está implícito en esta mirada es el reconocimiento del lugar del intelectual, lugar cuestionado, o mejor dicho impugnado en la historia cultural argentina, desde cierta historiografía nacionalista, aunque también desde la línea más dura del Partido Comunista Argentino. Derrotado el umbral de la acción política revolucionaria, por el exilio, la muerte, la cárcel, se propone recuperar a la cultura, esto es la producción intelectual, en su especificidad. Es de destacar que tanto en el caso de Landi, como el de Sarlo⁹, sus discursos se generan en un contexto de creciente institucionalización de las ciencias sociales y humanidades. Las universidades argentinas comienzan a expulsar al plantel docente impuesto por la dictadura y a renovar todos sus claustros. Esto se realizó con mayor rapidez en el campo de las ciencias sociales y humanidades donde se insertaron ambos intelectuales, en particular en la Universidad de Buenos Aires.

En esta búsqueda de un espacio autónomo —búsqueda en las que se puede detectar las lecturas sobre Bourdieu— los autores propuestos reconocen sus limitaciones en el contexto de la historia del campo en la Argentina. Por otra parte, tanto Sarlo como Landi no pudieron soslayar sus identificaciones ideológicas previas a la dictadura militar en los debates sobre la relación cultura y política¹⁰.

Los argumentos que utilizan uno y otra para mostrar las dificultades de constitución de un campo cultural e intelectual en la transición a la democracia son distintos. Sarlo remite insistentemente al pasado ideológico previo a la dictadura militar, a diferencia de Landi, quien analiza el problema del campo intelectual y del espacio cultural en relación a la operatoria cultural de la última dictadura militar.

En efecto, desde un imaginario sostenido por ideas de corte socialista, al estilo del pensamiento de Richard Hoggart¹¹ y Raymond Williams, con quienes se identifica, Sarlo, analiza la relación cultura y política partiendo de la trama densa de asociaciones culturales existentes en la sociedad que

históricamente le han dado un singular dinamismo¹². De esta manera para Sarlo formular políticas culturales¹³ supone referirse a lo político cultural, ya que aparece claramente en su pensamiento el papel fuerte que ejercen sobre la cultura los estilos de hacer política en Argentina.

Hacer una fuerte alusión por parte de los ahora llamados explícitamente intelectuales, per se, a la necesidad de formular políticas culturales, supone reconocer la ruptura de un entramado intrínseco a la sociedad argentina. Históricamente se atribuyó a esta sociedad una relación casi natural con la cultura, como algo intrínseco a su identidad, entendida como una sociedad que tuvo una gran capacidad de generar proyectos culturales, sobre la base de conformación de un público con las destrezas necesarias para consumirlos¹⁴ (lo cual no supone desconocer la desigualdad de competencias para disfrutarlos). En estos años se vislumbra como insoslayable la intervención del Estado en la cultura, no sólo en la educación, como había sido hasta antes de 1976.

La apelación al Estado es nueva en los intelectuales y en los artistas en la Argentina. Por el contrario, siempre se había desconfiado del Estado y de sus estructuras, ya que históricamente la intervención estatal se caracterizó por la censura en la esfera cultural. Era impensable el Estado como un actor de política cultural¹⁵.

Landi, si bien reconoce un escenario cultural devastado, no alude al pasado cultural, previo a la dictadura, se detiene en el análisis de la operatoria cultural de la dictadura, ya que su objetivo es pensar la gobernabilidad democrática de la transición. Su lógica expositiva se funda en la matriz de la ciencia política dominante en esos años, cuyo objetivo giraba en construir una nueva cultura política. En ese sentido, pensar sobre políticas culturales era contribuir a generar nuevos sentidos de lo social y de los lazos de la sociedad con el sistema político. Ahora bien esta nueva cultura política debía generar nuevos lenguajes, nuevos modos de decir y nombrar las cosas. Lo creativo de los trabajos de Landi de esos años es la lectura que realiza de la política, a partir de sus lecturas del psicoanálisis y las teorías del lenguaje. Con esta matriz de pensamiento Landi contribuyó a comprender cómo ciertos sectores de la sociedad argentina resistieron con ciertas prácticas en el orden de lo cotidiano a la ferocidad de la dictadura militar. El uso de videos, *cassettes*, cartas, la capacidad de leer lo no escrito, han constituido estrategias de la sociedad para resistir la opresión y construir algún sentido subjetivo. (Landi,1984)¹⁶. En esta misma línea Landi(1984, 1988) sostiene que fue el peso persecutorio de los militares sobre la cultura, lo que le otorgó a las pocas actividades culturales públicas, como recitales de rock, el carácter de verdaderas estrategias de sobrevivencia del sentido¹⁷. El caso del rock nacional como escenario de resistencia cultural fue paradigmático en esa dirección, ya que a pesar de las persecuciones y prohibiciones, la producción local de rock se constituyó en un espacio de reconocimiento de jóvenes que resistía a la vigilancia estatal. Por eso su preocupación en esos años giró en torno a la necesidad de generar un Estado democrático, esto es transformar un Estado que estuvo atravesado por la lógica militar.

Landi compartía la idea de generar un campo intelectual con Sarlo, pero reivindicando la tradición de cierto pensamiento político de corte nacional-popular, que tenía como horizonte a los sectores populares (Landi,1984). Esta vinculación entre intelectuales y los sectores subalternos permitiría a aquellos tener una visión de la producción de bienes culturales más amplia que la que se supone tributaria de los intelectuales como la denominada cultura culta. Si el horizonte son los sectores populares, las políticas culturales deberían decir algo sobre los productos culturales que consumen las masas, esto es la televisión y los productos de la industria cultural, universo que Sarlo rechaza desde ciertas reminiscencias frankfurtianas, y su identificación del arte con la cultura, identificación a mi juicio necesaria, dada lo confuso del uso del término. En sus reflexiones sobre el tema, compartiría con Bourdieu, que es a través del gusto artístico donde se percibe con mayor fuerza la desigualdad social y es en ese plano donde deberían actuar las políticas culturales, incidiendo también en los contenidos (Sarlo,1988) y no sólo en las formas como sugiere Landi. Desde la perspectiva de Landi, si bien es compartida la necesidad de establecer principios y referentes de un campo intelectual, constituye una meta difícil dada la estrecha relación entre cultura y poder en nuestros países, donde se percibe como determinante resolver problemas de orden político.

2.2. *El debilitamiento del discurso cultural*

La cultura fue objeto de diversas revisiones en los años de la transición. La pregunta que atravesaba todas las producciones intelectuales era, qué tipo de acción político cultural legitimó una dictadura tan sangrienta como la que existió en la Argentina, así como también ¿Qué temían los

militares argentinos y los sectores de la reacción de la cultura argentina, a la cual identificaban como atea y producida por la izquierda.? ¿Qué había en la sociedad argentina para que se instalara una dictadura tan sangrienta y represiva? ¿Fue sólo a través del terror? ¿O el aparato de dominación militar se ancló en zonas autoritarias de la sociedad argentina? Esta vasta problemática se tematizó a través de libros de periodistas¹⁸ como así también a través de la realización de seminarios y jornadas promovidas por una dependencia del Estado creada en esos años, dependiente en forma directa del Poder Ejecutivo, como el *Programa por la democratización de la cultura*, donde se tomaba a la cultura en su acepción micro social, la que produce la vida cotidiana.¹⁹ Otra herramienta que se promovió para conformar una nueva cultura política fue el cine. En efecto, el cine fue el escenario más relevante de presentación de los homenajes y en la construcción de una memoria, de hecho en el plano de la política cultural, el gobierno de la transición, fue quien más hincapié hizo en esta cuestión.

Landi señala en una revista de la época²⁰ cómo las políticas culturales que se formularon en esos años estaban desvinculadas de los contenidos programáticos del partido en el gobierno, así como tampoco se relacionó la formulación de gran cantidad de loables objetivos con una necesaria reforma del Estado. La desvinculación de la política cultural de las acciones de la sociedad civil incidió —desde la perspectiva de Landi— en la crisis de convocatoria, legitimidad y continuidad, las cuales terminaron siendo en muchos casos prácticas de propaganda político-partidaria.

Sarlo (1988) critica fuertemente la mirada sostenida por el discurso de la teoría política “democrático liberal” que enuncia Landi y en sus análisis sobre los *mass media* aparece su concepción sobre la necesidad de intervenir en la programación de la televisión masiva, avizorando en las concepciones centradas en el *rating*, la presión del sector financiero y del sistema de medios, el cual pocos años después se va a transformar en multimedios —y que favorecen, en buena medida, la salida acelerada del gobierno de Alfonsín.

La función del Estado no puede limitarse a la regulación de las ondas y a evitar, cuando pueda, los monopolios de producción e información. Ello significaría abandonar a las desigualdades del mercado una dinámica cultural, ideológica y política que afecta, en primer lugar, a los sectores populares. Los barones del show business han demostrado suficientemente que la cuestión de los valores implicados en todo debate cultural les es indiferente [...]. Si la legislación no es todo, por lo menos debería no proponer obstáculos para que esa esfera pública y también el Estado produzcan nuevas formas de comunicación. Más bien podría decirse que esas nuevas formas serán posibles si se crean las condiciones para que la voracidad del mercado no las digiera cada vez que comiencen a dibujarse.²¹

3. El fracaso del discurso cultural. El gran problema para los intelectuales. ¿Desde dónde pensar en una sociedad pautaada por el mercado?

La consolidación del sistema democrático observado en el plazo de una década no estuvo acompañada de la formación de la deseada nueva cultura política de la transición. Por el contrario, dicho proceso se realizó a través de formas de liderazgo populista, marcados más por el decisionismo y la “*real politik*” que por reglas de juego democráticas. Una fuerte inestabilidad política fue producida por el acrecentamiento del poder financiero, razón por la cual, el gobierno de la transición tuvo que adelantar la entrega del poder. Ya las políticas culturales parecían importar poco. A partir de 1987, también se evidencia un cambio en el discurso televisivo el cual comienza a ser muy crítico de las iniciativas de la naciente democracia, lo cual fue generando el clima que benefició profundamente al gobierno entrante. Los noventa habían comenzado antes en la Argentina.

Los últimos años del gobierno de Alfonsín estuvieron teñidos por el descreimiento, el desencanto y la falta de presupuesto para las iniciativas culturales. También su discurso comenzó a ser otro.²² La creciente desilusión que atraviesa el conjunto de la sociedad con respecto a las posibilidades de resolución de conflictos y postergadas demandas a través del sistema democrático, impacta a su vez en el campo intelectual. En ese sentido, si en los años de la transición se había producido una revalorización del conocimiento de las ciencias sociales, a partir de la participación de intelectuales provenientes de dichas disciplinas en la conformación de un nuevo discurso político, ahora estas comenzaban a ser opacadas en el marco de la crisis de la educación pública en general y del predominio cultural de un discurso economicista.

Si bien el gobierno de Menem gana las elecciones apoyándose en una serie de consignas que nunca se cumplieron, luego del primer año de gobierno signados por la continuidad de la hiperinflación, los saqueos a supermercados, y fuertes presiones del sector financiero, éste comienza a desarrollar una política de aciertos en el plano económico que permiten la construcción de una nueva hegemonía cultural, fundada en la idea de la estabilidad. Menem no desarrolló políticas culturales en sentido estricto, pero sí fue exitoso en lo que denomináramos, oportunamente, lo político cultural, en la generación de nuevas representaciones sociales, nuevos imaginarios y nuevos valores.²³ Su eje fue la privatización de esferas paradigmáticas del Estado Argentino. Se interpretó la sensación encarnada por el conjunto de la sociedad y en la forma más radical implementada en América Latina, que el Estado es ineficiente y que todos aquellos servicios que provienen del Estado debían ser privatizados.²⁴ En ese marco, los canales televisivos fueron privatizados y las nuevas reglas económicas posibilitaron la formación de conglomerados multimedia, en los cuales las empresas telefónicas privatizadas cumplieron un rol fundamental.

Este proceso de desprendimiento del Estado de cada vez más esferas de la vida social, fue generando una sociedad de individuos determinados por el sistema del mercado. Así como hablamos de privatización de la esfera estatal, en un marco de creciente flexibilización laboral, también hablamos de privatización de la vida social. Los primeros años del menemismo son los años de disminución fuerte de los consumos culturales y de la vida pública en el marco de una profunda despolitización..

La privatización del tiempo libre y de cierto disfrute del espacio íntimo, que de algún modo continuó en otro contexto político, la transformación del cotidiano que comenzó a gestarse en los años de la última dictadura militar fueron generando un nuevo clima de época. La ocupación del espacio público a través de la acción cultural comenzó a desaparecer, ya que paralelamente se instaló en Buenos Aires, primero y en el resto del país después, la TV²⁵ por cable, así como también se expandió masivamente la compra de la videograbadora y de los electrodomésticos en general. A nivel cinematográfico, comenzó a decaer la producción nacional, así como también comenzó a instalarse masivamente la industria norteamericana en ese plano a través de la distribución y exhibición del cine en salas de *shopping*, lo cual generó asimismo otra cultura en relación al consumo de cine, al uso del tiempo libre y a los usos de la ciudad,²⁶ en un contexto de acentuación de las desigualdades sociales y de acrecentamiento de la inseguridad urbana.

¿De qué manera impacta en los discursos intelectuales progresistas, este profundo cambio del imaginario cultural, cómo interpretan nuestros intelectuales este momento político cultural y cómo se posicionan?. Luego de cierto florecimiento de las ciencias sociales en la Argentina durante los años de la transición democrática, muchos centros de investigación que habían tenido una presencia importante en los últimos años de la dictadura militar, comenzaron a desdibujarse y a perder presencia pública, así como parte de sus investigadores configuraron sus espacios en el ámbito universitario. Un fenómeno llamativo del campo intelectual de esos años es la desaparición del debate sobre las políticas culturales. Dos son los temas ejes de este primer escenario de los noventa: en primer lugar, la pregunta por la identidad o mejor dicho por la autonomía del campo: ¿Hay lugar para los intelectuales, en una cultura del mercado, hay lugar para los artistas? Se percibía cierta disolución de la especificidad de cada uno de los campos, ya que se había instalado fuertemente el mercado como regulador de la vida social y cultural. En segundo lugar, se impone en la reflexión sobre la cultura y la política el enorme desarrollo del escenario *massmediático*. Así podríamos decir que los medios, en particular la televisión por aire y cable, y la reorganización del campo mediático en los llamados multimedia, constituyeron el eje de la configuración cultural de los noventa y de la reflexión cultural, cuestión que produjo alineamientos y rechazos diversos.

En ese contexto se edita el libro de Landi y dos años después el de Beatriz Sarlo, cuyos aportes a la cuestión de la cultura y la política en la Argentina, siguen manteniendo distintas concepciones sobre lo político cultural.

El libro de Landi *Devórame otra vez, qué hizo la televisión con la gente, qué hace la gente con la televisión* refleja un giro en la preocupación por la cuestión cultural vinculada al escenario político-cultural de la transición, según describiéramos más arriba. Aquí aparece una hipótesis fuerte que se prolonga en posteriores análisis de Landi sobre política y cultura en la Argentina: la conformación de un escenario *massmediático* como parte de una transformación civilizatoria universal impone repensar nuestros valores, sentidos y representaciones ya que implica la constitución de un nuevo fundamento cultural y en forma determinante modifica la política y el vínculo del sistema político con

los distintos sectores sociales.

Este escenario massmediático redefine la política, las prácticas de los políticos y sus lenguajes, así como también la relación de la sociedad con la cultura, con el tiempo libre y los usos de los espacios vitales. Esta consideración desplazó en alguna medida la reflexión iniciada en la transición sobre el papel de la cultura en la consolidación de las nuevas democracias, y de los ordenes políticos en general, lo cual parece demostrar cierta coyuntura muy específica, y una escasa apropiación del tema, como si este hubiera sido implantado por debates ajenos a los esquemas de pensamiento de nuestra cultura argentina. ¿Se creyó realmente en la necesidad de formular políticas centrales culturales? ¿Por qué desaparece la reflexión sobre la tan mentada nueva cultura política?

A pesar de los escasos datos con los que contamos en el campo de los consumos culturales es posible detectar un cambio en las prácticas de consumos culturales de los argentinos, lo cual supondría nuevos vínculos con la cultura en un sentido restringido, así como nuevas prácticas cotidianas en el marco de transformación de la sociedad argentina, en términos económicos, sociales y políticos (Wortman, 1996). En una investigación realizada por Landi y otros en 1990,²⁷ aparecía este proceso de²⁸ crecimiento del consumo de medios, fenómeno que se advertía en otras ciudades latinoamericanas. Sin embargo, este hecho era paralelo a la costumbre argentina de hacer uso del tiempo libre en el espacio público haciendo uso de las ofertas de las acciones culturales estatales.

Para Landi, este acercamiento de los argentinos a los medios masivos, así como la presencia *massmediática* en la vida social, como una nueva forma de representación de lo real, supone por un lado un dato de la realidad, sobre lo que no resulta productivo emitir juicios de valor, así como una reformulación, que celebra, cierta desaparición de los vínculos de las clases sociales con la división entre cultura popular y cultura de élite. Landi, en consonancia, con las reflexiones de Gianni Vattimo (1990) alude a la presencia de cierta opacidad de lo real a partir de la proliferación mediática en nuestra vida cotidiana. Este fenómeno cultural asimismo genera nuevas formas de hacer política y de lo político en general. Así lo posmoderno, término que se instala sin reflexión en el universo intelectual de nuestros países, estaría estrechamente vinculado con la presencia de los medios masivos en la vida cotidiana de las personas. La realidad no es más transparente como pretendían los iluministas y el proyecto de la ilustración. Y si bien, esto no supone identificarse con los valores contemporáneos del capitalismo, es allí donde debemos centrar nuestras esperanzas de emancipación. También podemos apreciar en los textos de Landi de los noventa una aproximación e identificación con el llamado discurso posmoderno. En particular Landi toma de Lipovetsky, su reflexión sobre la cuestión de la seducción mediática y la emergencia de un nuevo tono emocional subjetivo, con manifestaciones corporales²⁹.

A partir precisamente, de esta cuestión, moderno-posmoderno, continúa en la Argentina el debate cultural (Sarlo, 1991). Como es de esperar, por lo que venimos desarrollando, Sarlo, adopta una mirada crítica, política sobre este escenario que configura la cultura de los noventa y en consecuencia se identifica en forma militante con la causa de la modernidad tomada como sinónimo de sociedad democrática e igualitarista, identificándose con quienes sostienen que neoliberalismo es igual a posmodernismo (Sarlo, 1994b). Si Landi abandona en algún momento la relación planteada en los ochenta entre cultura y política, Sarlo se propone continuarla como un modo de correrse de la concepción fundada en el peso de las transformaciones tecnológicas como algo neutro, dado, y de cierto discurso celebratorio del fin de las ideologías, en el cual se inscribiría las tesis de la llamada cultura *massmediática*.

Para Sarlo —que la televisión se instale en el escenario cotidiano de los argentinos— no es casual, no constituye una marca civilizatoria, desvinculada de las relaciones sociales, políticas e históricas de la coyuntura. Por el contrario, Sarlo afirma en *Escenas de la vida posmoderna* que su crecimiento acompaña el proceso de transformación política, económica y representacional que se ha instalado en el Argentina a partir del estilo político menemista, fundado en un modelo económico social de corte neoliberal, hoy en crisis terminal pero sin proyecto alternativo a la vista. Si bien se debe aceptar la universalización de ciertas prácticas culturales producidas a partir del desarrollo de las nuevas tecnologías, como señala repetidamente García Canclini, su presencia no es inocente y adquiriría diversos significados según los países. Aunque Sarlo no desarrolla la cuestión de los medios en la Argentina,³⁰ se deduce de sus trabajos que la presencia fuerte de las industrias culturales en la vida cotidiana es consecuencia —en parte— de políticas económicas que tienen consecuencias culturales,³¹ (ver Brunner³² al respecto) de la reorganización empresarial de la industria televisiva, de la prensa gráfica y la constitución de conglomerados multimedias, así como

también de la industria de la música y de la industria editorial.

La economía de mercado imperante en la Argentina desde los noventa se sostiene en la política de privatización de los medios y la configuración de cierto discurso único sobre el que se asentó el gobierno en forma hegemónica y el sistema social en general. Por otro lado Sarlo afirma que este nuevo discurso hegemónico cultural instituido por los medios y la acción política sostiene un orden social cada vez más desigual. El gobierno menemista tuvo la enorme capacidad de instalar un nuevo imaginario en la Argentina en torno a qué se debe entender como moderno y adaptado a los nuevos tiempos y qué modelos sociales o culturales forman parte de un pasado ya muerto. Así hasta el momento toda alusión a modelos políticos de transformación social y/o de acción revolucionaria no se corresponde con lo dado, con el *ethos* epocal o nuevo clima cultural. Han quedado desplazados al menos por el momento ciertos debates, como el papel del arte en la sociedad, la cuestión de la desigualdad cultural, etc. La crisis político cultural argentina es societal y también intelectual. Aquí nos resultan útiles para dar cuenta de este proceso cultural, el concepto de tradición selectiva formulado por Williams en torno a cómo un poder hegemónico hace una construcción determinada del pasado en función de los valores del presente. Si bien el debate cultural no podría estar nunca obturado, dado que la creatividad social es permanente, y como dice Williams, nunca se agota toda la energía humana, no podemos dejar de advertir la crisis de la polémica en el campo del pensamiento, la crisis de la confrontación y del reconocimiento social del espacio intelectual.

4. Crisis de hegemonía cultural, crisis social y búsqueda de sentidos

En la segunda mitad de los noventa, la crisis del modelo político menemista se pone de manifiesto tanto a nivel social, económico, como cultural y político ya que comienzan a articularse otras voces disidentes. Si en los noventa los intelectuales se habían replegado en las universidades ahora comienzan a reaparecer en la escena pública cerca de algunas figuras políticas, en calidad de asesores. Así parte de los llamados intelectuales progresistas participan en la generación de nuevos proyectos políticos críticos del modelo político cultural producido por el menemismo en los años noventa en la Argentina. Tanto Sarlo como Landi participan políticamente en ese sentido tratando de intervenir en la generación de un lenguaje verosímil, alternativo al llamado pensamiento único. Nuevos temas aparecen en la agenda de la reflexión político cultural de fin de siglo. Paralelamente a sus intervenciones en la política, gran parte de la producción político cultural se difunde a través de la prensa gráfica (revistas y diarios), la cual constituirá el material de sendos libros de Sarlo principalmente.³³ Es escasa, por otra parte, la intervención de ambos intelectuales en la llamada vida académica universitaria en el vasto y heterogéneo campo de los llamados estudios culturales en la Argentina. Su presencia intelectual parecería orientarse hacia otros escenarios. En el caso de Landi es evidente su orientación hacia los medios, tanto en su producción intelectual como en la participación de actividades públicas promovidas por multimedios. En el caso de Sarlo su vida académica se realiza en el exterior del país, o en el campo de la literatura, entendida en su sentido específico. En ambos sus intereses político culturales, se presentan en su dimensión política mayormente, menos académica.

En los artículos periodísticos de Landi de los últimos años se puede observar una renovada preocupación por la política, el sistema político y el régimen democrático y por su capacidad e incapacidad de resolver los problemas de la gente. Se trata de interpretar cuáles son los canales por los que se establecen vínculos entre los políticos y los ciudadanos. En este abanico de temas lo que más aparece es la cuestión de los fundamentos del orden político, la justicia, la corrupción, las reglas de funcionamiento del sistema, en definitiva como un orden político, produce una sociedad, sus creencias y sentidos de la acción. En el caso de Sarlo, los libros más recientes —los cuales compilan sus artículos periodísticos— se sostienen sobre la tradición del ensayo con el propósito de describir escenarios sociales y culturales, y sobre todo dar cuenta del asombro ante la tragedia social, y cultural y sobre todo simbólica —repite Sarlo en varias oportunidades— argentina de los últimos años. Una cuestión aparece como central en estos escritos de Sarlo, si la educación pública forjó “poderosísimas ideologías colectivas” (Sarlo,1996), a través de la figura de la maestra como intermediaria cultural y como robot estatal (Sarlo,1997), las cuales posibilitaron una sociedad argentina moderna, igualitarista, con altos niveles de alfabetización y con fuerte valoración por la apropiación de los bienes simbólicos, su destrucción, a partir de la impronta de la sociedad de mercado instala culturalmente a los medios de comunicación como generadores de lenguajes que legitiman una creciente desigualdad social y cultural que se está produciendo en la Argentina hace

dos décadas y media. Y en ese proceso sitúa al derrotero de los intelectuales, planteando un problema de difícil resolución en la crisis social y cultural argentina:

En la historia cultural y política argentina, los intelectuales (en su versión tradicional, letrada) fueron arquitectos eficaces de la opinión pública: la república liberal, el nacionalismo antiimperialista, el populismo nacionalista, el democratismo, la idea misma de transformación social en un sentido de justicia, fueron ideologías formuladas por intelectuales. Las ideas comunes venían de ellos tanto como de la experiencia de masas o de la lucha política. Nadie se atrevería a sostener que este peso intelectual sobre la configuración de ideas se mantiene intacto. Intelectuales de nuevo tipo reemplazan a los tradicionales. Estos nuevos productores de ideas colectivas pertenecen al espacio de la cultura mediática más que a las viejas categorías de la cultura letrada ¿Quién compite con Grondona³⁴, en una punta y Mauro Viale en la otra?

A pesar de que los énfasis y los puntos de entrada son diferentes, la preocupación por la mercantilización de la sociedad y la política atraviesa el pensamiento de Landi actual, acentuando la dificultad de construcción de una palabra pública alternativa a la voz del discurso intelectual neoliberal. Afirma Landi (2001b) en un artículo reciente:

Los mercados ya no trabajan con sus “manos invisibles” como postularon los clásicos del pensamiento liberal: se presentan en público, dan lecciones inolvidables, amenazan, toman examen a los funcionarios, ponen buena o mala cara y tienen sus momentos de euforia y optimismo. Es cierto, pasa en todo el mundo, pero en la Argentina el fenómeno toma en el lenguaje dimensiones fetichísticas, absolutas, hiperreales, por momentos, ficcionales. Las razones de ello habrá que buscarlas en la gran vulnerabilidad externa de la economía nacional y su sesgo rentístico antes que productivo, en la crisis de la representación política partidaria y la cultura que dejó la impronta salvaje de la transferencia de funciones del estado al mercado durante la década menemista. Etapa de la que no se puede decir que fue guiada por políticas económicas populistas, y en la que se duplicó el gasto público a pesar de que el caballito de batalla del credo neoliberal que la orientó es precisamente el equilibrio fiscal.

De estas palabras, quedan flotando en el aire algunas cuestiones. ¿De qué manera la reflexión sobre la cultura puede incidir en la construcción de una hegemonía cultural opuesta al neoliberalismo, cómo los intelectuales provenientes del progresismo pueden construir un discurso o contribuir a construir un discurso político que regenere el interés por la política en una sociedad profundamente enojada con los políticos?

Reflexión final

Abordar la conformación de un campo intelectual en el Cono Sur, supone pensar en la historia de una promesa y de una tragedia al mismo tiempo. En América Latina el Cono Sur se proyectó y fue imaginado política e intelectualmente, como la parte más europea y como más moderna, —si se identifica europea con moderno—, del continente. También en el plano cultural se construyó una identidad cultural-nacional en ese sentido, sobre la base de autoritarismos y exclusiones y fundamentalmente de un proyecto estatal-nacional sólido. Los intelectuales de la cultura, o los estudios sobre Cultura y poder en el Cono Sur reflejan ese desgarramiento, precisamente entre un proyecto posible y su incompletud, o su fracaso según con la lente teórica como se los mire. Desgarramiento también que atraviesa nuestras sociedades atravesadas por experiencias dictatoriales, cuyos efectos han quedado, creemos para siempre en el tejido social, y que han posibilitado la implementación sin conflictos de experiencias económicas que han profundizado la atomización y la crisis del lazo social, fenómeno compartido con el resto de los países, pero con consecuencias distintas. En este profundo conflicto entre cultura y poder, cultura y política, o como lo relatan los actores del campo intelectual, entre campo intelectual y campo político podemos afirmar que se ha generado un pensamiento sobre la cuestión cultural en nuestros países que enfatiza dimensiones no siempre tenidas en cuenta en otras latitudes y que aporta una reflexión sobre la cultura de una gran densidad conceptual. El intelectual de la cultura se piensa como actor, se involucra, está más cerca de la sociedad que del Estado, lo cual no implica quitar principios de

validez a su pensamiento, por el contrario, le otorga una visión más compleja de la realidad que se propone analizar. El intelectual latinoamericano, y en nuestro caso, el del Cono Sur, está atravesado por el conflicto y escribe desde el conflicto social, forma parte de él, también de ahí su fragilidad como intelectual, ya que su continuidad en la labor intelectual está profundamente amenazada. En esta realidad ha producido, un pensamiento ecléctico, diverso con el propósito de pensar la realidad político cultural de su país, y en el momento de pensar la cultura, la realidad cultural se está pensando a sí mismo como actor. Si en los setenta se pensaba como actor, dejando de lado su identidad intelectual, a partir de cierto imaginario político anti-intelectual, hoy la demanda, su conflicto y desgarramiento es mantener su lugar intelectual. En el contexto del neoliberalismo, sostener el lugar del intelectual, su lugar en la cultura se transforma en una cuestión política. Así el modo de pensar la cultura en el Cono Sur, propone una reflexión sobre cultura y poder que podría trasladarse a otras latitudes, ya que supone revisar las condiciones de producción del conocimiento sobre las que en el Cono Sur la realidad nos obliga permanentemente a considerar.

En segundo lugar, es evidente que en los análisis sobre cultura y poder que hemos dado cuenta someramente en este artículo dan cuenta de una lógica interdisciplinaria. La cultura demanda este análisis interdisciplinario y aquí aparece claramente, los distintos énfasis pueden remitir a disciplinas de origen, pero no a jerarquías de esa naturaleza. Así la gran cantidad de preguntas que surgen acerca del sentido del lugar del intelectual y de su rol, empujan a nuestros intelectuales de la cultura a leer de todo, a no tener prejuicios teóricos cuando de lo que se trata es de construir un problema. Para finalizar, podemos decir que agudeza, creatividad, libertad de pensamiento y la reflexión permanente en torno al lugar desde donde se generan voces y discursos, constituyen rasgos distintivos a considerar de estos intelectuales en el campo del análisis cultural.

Referencias bibliográficas

Altamirano, Carlos (1983) "Algunas notas sobre nuestra cultura". *Revista Punto de Vista*, Año VI, N° 18: 6-10. Agosto. (Buenos Aires).

Baczko, Bronislaw (1991) *Imaginario social, imaginarios sociales*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.

Brunner, José Joaquín (1988) *Un espejo trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales*. Santiago: FLACSO.

_____ (1997) *Globalización cultural y posmodernidad*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.

Finquelievich, Susana, Alicia Vidal y Jorge Karol (1992) *Nuevas tecnologías en la ciudad*. Buenos Aires: CEAL.

García Canclini, Néstor (1987) *Políticas culturales en América Latina*. México: Grijalbo.

_____ (1996) *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.

García Canclini, Néstor (1999) *Las industrias culturales en los procesos de integración*. Buenos Aires: Eudeba.

Landi, Oscar (1984) "Cultura y política en la transición democrática". En: Oszlak, O.: *Crisis, proceso, transición a la democracia*. Buenos Aires: CEAL. Versión con modificaciones. *Revista Nueva Sociedad*, N° 32: 65-78, julio-agosto 1984. (Caracas).

_____ (1988) *Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política*. Buenos Aires: Editorial Punto Sur.

_____ y otros (1990) "Públicos y consumos culturales en Buenos Aires". *Documentos CEDES* N° 32. (Buenos Aires)

_____ (1992) *Devórame otra vez, qué hizo la televisión con la gente, qué hace la gente con la TV*".

Buenos Aires: Planeta.

_____ (2001a) "El humor de Mr Merval". *Suplemento Zona, Clarín*, 11 de marzo. (Buenos Aires).

_____ (2001b) "Ese Estado gris de ausencia". *Suplemento Zona, Clarín*, 3 de junio. (Buenos Aires).

Lechner, Norbert editor (1982) *¿Qué significa hacer política?*. Lima: Desco.

Lipovetsky, Gilles (1991) *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Revista *Debates en la sociedad y la cultura*. Buenos Aires, Abril-mayo 1985.

Sarlo, Beatriz (1984) "Argentina, 1984: la cultura en el proceso democrático". *Nueva Sociedad*, N° 73: 78-65, julio-agosto. (Caracas).

_____ (1988a) "Políticas culturales: democracia e innovación". *Punto de Vista*, N° 32:8-14. (Buenos Aires).

_____ (1988b) "Una legislación para los mass media". *Punto de Vista*, N° 33: 15-19:15-19, septiembre-diciembre. (Buenos Aires).

_____ (1991) "Un debate sobre la cultura". *Nueva Sociedad*, N° 116, noviembre-diciembre. (Caracas).

_____ (1991) *Buenos Aires: una modernidad periférica*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.

_____ (1992) "Tesis de Oscar Landi sobre la televisión: la teoría como chatarra" *Punto de Vista*, N° 44:13-18, noviembre, (Buenos Aires).

_____ (1994a) "Políticas culturales. Hoy los medios audiovisuales". *La Ciudad futura, Revista del Club de Cultura Socialista*, pp: 15-18. (Buenos Aires).

_____ (1994b) *Escenas de la vida posmoderna*. Buenos Aires: Ariel.

_____ (1997) *La máquina cultural*. Buenos Aires: Planeta.

_____ (1996) *Instantáneas. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*. Buenos Aires: Ariel.

_____ (2000) *Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Schmucler, Héctor (1988) "Innovación de la política cultural en la Argentina". En: F Calderón y M dos Santos: *Hacia un nuevo orden estatal en América Latina*. Vol. VIII Innovación cultural y actores socioculturales. Buenos Aires: CLACSO Biblioteca de Ciencias Sociales. pp:125-213.

Sigal, Silvia (1991) *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Ediciones Punto Sur.

Svampa, Maristella (1994) *El dilema argentino: Civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*. Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto.

Vattimo, Gianni (1990) *La sociedad transparente*. Buenos Aires: Paidós.

Williams, Raymond (1980) *Marxismo y literatura*. Madrid: Ed. Península.

_____ (1981) *Sociología de la comunicación y del arte*. (Buenos Aires: Paidós.)

_____ (1996) *La política del modernismo*. Buenos Aires: Editorial Manantial.

Wortman, Ana (1995) "En torno de las políticas culturales para jóvenes en sociedades postajuste". Ponencia presentada *II Encuentro de Investigadores de Juventud*, FLACSO. Buenos Aires, diciembre.

_____ (1996) "Repensando las políticas culturales de la transición" *Sociedad* N° 9. : 63-85.

(Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales).

_____ (1997) "Nuevos sentidos de la palabra cultura en la sociedad argentina del ajuste" *Revista Estudios Sociales*, N° 13:59-84. Segundo Semestre, (Santa Fe, Argentina).

_____ comp. (1997) *Políticas y espacios culturales en la Argentina. Continuidades y rupturas en una década de democracia*. Buenos Aires: EUDEBA.

_____ (1998) "Usos de Durkheim en las investigaciones sobre juventud en América Latina". En: Emilio De Ipola, comp.: *La crisis del lazo social. Durkheim, 100 años después*. Buenos Aires: Eudeba.

_____ (2001) "Globalización, consumos y exclusión social". *Revista Nueva Sociedad*, N° 175:134-143, septiembre- octubre, (Caracas).

¹Notas

* Ana Wortman, Universidad de Buenos Aires, Argentina. Correo electrónico: aewortman@ciudad.com.ar

Wortman, Ana (2002) "Vaivenes del campo intelectual político cultural en la Argentina". En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela.

. Aquí pensamos a la cultura en términos de campo cultural y /o de campo intelectual, como espacio específico de producción de bienes culturales así como de discursos, donde la función simbólica prevalece. Williams (1980) diferencia al término cultura en dos sentidos más usuales: por un lado, la cultura como modo de vida, según lo define la antropología norteamericana y por otro lado, la cultura en relación a los productores culturales, quienes serían tanto los intelectuales como los artistas. En nuestro trabajo dejaríamos de lado la primera acepción propuesta por Williams y nos centraríamos sobre todo en la segunda. Sin embargo, cuando en nuestro artículo nos referimos a lo político cultural señalamos cómo la acción política así como la existencia de determinado orden político produce representaciones e imaginarios sociales que inciden en el plano de lo simbólico social, en la generación de un *ethos* epocal que penetra en las prácticas de la vida cotidiana. Así es como nos interesa un campo material de la cultura en términos de productores y productos culturales y un plano simbólico que incidiría en la orientación de la acción social. En el primer caso, la teoría de los campos de Bourdieu para delimitar esferas de sociedades complejas nos resulta muy útil para focalizar un aspecto de la cultura. Dejamos de lado la cultura en términos de culturas diversas vinculadas a orígenes étnicos. En relación al plano simbólico de lo social debemos señalar que éste no es igual para todos. Allí recurrimos al concepto de hegemonía cultural, en el sentido que lo plantea Gramsci primero y luego retoma Williams. También Baczko cuando desarrolla el concepto de imaginarios sociales hace referencia al poder hegemónico y cuanto la vivencia de un *ethos* epocal tiene que ver con determinadas relaciones de dominación.

². Se puede observar en todos estos intelectuales el señalamiento de una relación entre cultura y política, como una marca del pensamiento argentino y quizás latinoamericano que se expresa en sociedades no del todo democráticas. Generar producciones intelectuales críticas supone algún tipo de impugnación, y esto incomoda a sectores conservadores y a las oligarquías, ahora en versiones más modernizadas, donde la Iglesia Católica está asociada al Estado y además lejos de los sectores populares como es el caso de la Argentina. También los gobiernos neoliberales, sean democráticos o de corte dictatorial deben legitimarse culturalmente, en este sentido debe interpretarse la relación de estos gobiernos con los medios de comunicación. En todo caso este tipo de orden cultural no es de carácter crítico sino hegemónico. Las categorías propuestas por Williams como hegemonía cultural, cultura dominante, contracultura, son muy útiles para entender las distintas relaciones entre cultura y política, que pueden ser tanto de legitimación de un orden o de impugnación a un orden político. Precisar las distintas aristas del término contribuye a la comprensión de sus usos a lo largo de este artículo.

³. Resulta una característica sumamente singular de nuestro país, pensar la cultura en relación con la política y la política en relación con la cultura. Si tomamos cada una de sus definiciones existe una profunda distancia entre una y otra. En Max Weber la política es el mundo de los valores, de los fines e intereses, de las voluntades. Pero más aún, es el ámbito de la fuerza, del poder, de la coacción y violencia física. (Macht und Gewalt). Hacer política en sociedades modernas alude a la participación ciudadana en partidos políticos que expresan valores e intereses de distintos sectores sociales, así como a sus formas representativas a través del gobierno, el parlamento, etc. En la sociedad argentina hasta 1984 nunca existió una total libertad de expresión política plasmada en partidos políticos. La dimensión política de la sociedad no estuvo totalmente contenida en un sistema de partidos. La izquierda casi siempre fue censurada, desde el aparato estatal y de las corporaciones, para accionar políticamente dentro de los cánones de un sistema político democrático. Durante largos períodos lo hizo en la clandestinidad. Sin embargo, ha existido un fuerte arraigo de la izquierda en la cultura, a través de cierto activismo político cultural, en el teatro y la literatura, en la industria editorial, la plástica y la pintura, hoy bastante diluido. Tampoco han sido fuertes los partidos de derecha y/o centro derecha, los cuales se constituyeron como tales luego de la transición democrática de 1984. Sí encontramos hasta ese momento fuertes factores de poder como la Iglesia, el Ejército y los sindicatos. Sugiero ver la compilación de Lechner (1982).

⁴. Revisar los sesudos trabajos de Oscar Terán (1987), como por ejemplo *En busca de la ideología argentina*, Editorial Catálogos. Buenos Aires.

⁵. Previa a la experiencia de las dictaduras que atravesaron nuestros países, el que-hacer con la cultura ocupó parte importante de los debates intelectuales, los cuales, asimismo reaparecieron después, no ya vinculados a proyectos políticos de corte revolucionario, sino fundados en el objetivo de generar una nueva cultura política para la llamada transición democrática. Las dificultades de las transiciones democráticas, reubicaron y reposicionaron a nuestros intelectuales, generando nuevos planteos y desafíos en relación a qué entender por políticas culturales.

La impronta neoliberal ha incidido fuertemente en cierta dificultad de los gobiernos democráticos actuales de pensar en sentido fuerte la importancia de intervenir en el campo de la cultura. Si en los años setenta, la cuestión era pensar la cultura como campo de intervención en los sectores populares, luego de las dictaduras, el eje pasará en torno a cómo desarrollar un campo cultural destruido por la derecha y el autoritarismo. En los noventa, el problema girará en torno a la relación del Estado con las industrias culturales, en particular la televisión, a qué grupo social dirigir la atención de las políticas y fundamentalmente, cómo financiarlas.

⁶. Nos parece interesante rescatar en relación a la existencia de figuras que han promovido el desarrollo cultural en la Argentina, por fuera de las instituciones del Estado, el concepto de *organizadores culturales* quienes han operado en el ámbito no estatal y con financiamiento privado. Se trata de personas que han desarrollado editoriales, centros culturales, teatro independiente, revistas culturales, etc. movidos más por un proyecto cultural que por una lógica de mercado. Este tipo de figuras han desaparecido prácticamente en el *ethos* cultural dominante.

⁷. La socióloga argentina Silvia Sigal, residente en París hace algunas décadas, ha realizado una interesante investigación sobre la historia de los intelectuales en nuestro país, la cual resulta pertinente recordar en este punto. Sigal, afirma que la historia política argentina y su construcción como nación, sólo puede entenderse a partir de la importancia excepcional que tuvieron grupos de intelectuales. Sin embargo también debe reconocerse que a esa presencia directora le siguió un largo período, que cubre la mayor parte del siglo XX, durante el cual ni los grandes partidos nacionales, ni los sindicatos, ni el Estado ni, finalmente, tampoco los militares, creyeron necesario dar un lugar a la intervención de los intelectuales en tanto tales, y menos aún a quienes se encontraban en la difusa zona cruzada por la herencia liberal y la expansión de las izquierdas. De esta constatación, concibe que para entender el comportamiento que emprendieron grupos intelectuales resulta fructífero partir de una doble mirada a la relación entre campo político y campo cultural y, por la otra, a la figura específica de los intelectuales. (Sigal, 1991:16).

⁸. Sarlo relata esta experiencia en “La noche de las cámaras despiertas” en Sarlo, B. *La máquina cultural, ob. cit.*

⁹. Tanto Sarlo como Landi se formaron tanto intelectual como políticamente en el clima cultural existente en Buenos Aires de los años sesenta, según lo describe Sarlo en el párrafo del texto. Estamos hablando de la radicalización de los sectores medios, una nueva mirada desde la izquierda sobre el peronismo, el impacto de la Revolución Cubana en el debate marxista tradicional, etc.

¹⁰. En diversas publicaciones de ambos autores se puede observar el conflicto ideológico previo a los años de la dictadura militar. Este se profundiza y se hace público, en un momento de gran despolitización, como los primeros años del gobierno menemista (1990-1995). Luego de la publicación de Landi del libro sobre la televisión (ver referencia al final), Sarlo responde duramente a sus afirmaciones en un artículo publicado en *Punto de Vista* titulado “ Tesis de Oscar Landi sobre la televisión: La teoría como chatarra”, pp: 12-18.

¹¹. Podríamos afirmar que tanto Hoggart como Williams fueron conocidos en la Argentina a través de las traducciones que se hacían de ellos en la Revista *Punto de Vista*, creada y dirigida por Beatriz Sarlo en 1978.

¹². En *Buenos Aires, una modernidad periférica* , Sarlo (1991) tematiza el desarrollo cultural de Buenos Aires, tanto a partir de la proliferación temprana de industrias culturales, como de la gran capacidad de consumo cultural y la conformación de un espacio público de la cultura y fundamentalmente de públicos consumidores de cultura (tirada de diarios, editoriales de partidos políticos, ediciones de bolsillo de la literatura universal) La existencia de un público alfabetizado, hacía posible la existencia de este escenario cultural.

¹³. Existen variadas definiciones sobre políticas culturales las cuales se sostienen sobre distintos énfasis según el origen disciplinario de quien las formule y su posición, precisamente, político cultural. En mi caso, cuando aludo a políticas culturales hago referencia a su vinculación con las políticas públicas y en consecuencia a la relación de la cultura con el espacio público, en particular con el gobierno del Estado. Asimismo cuando aludo a lo político cultural, intento dar cuenta de un clima de época que instala ciertas ideas en torno a valores sobre la cultura, no sólo en su sentido específico, los productos culturales, sino también a una dimensión simbólica, representacional de la política, que hace que ciertas acciones tengan un sentido determinado según el contexto histórico. Fundamentalmente, en este trabajo hacemos alusión a las imbricaciones entre cultura y política en la sociedad argentina, en este segundo sentido. Como afirma Schmucler (1990:125) en relación a esos años “La cultura argentina es, sobre todo, un proyecto. Por eso se entrelaza permanentemente con la política, que siempre incluye la voluntad de modelar algo”.

¹⁴. Uno de los datos distintivos de la sociedad argentina, es la presencia temprana de un vasto público alfabetizado e interesado en el cine y el teatro. Nos referimos a las décadas del 10 y del 20 del siglo veinte. Sarlo enfatiza —en otros textos— el rol significativo de los mediadores culturales, que —en este caso de preeminencia de la cultura letrada— lo constituían los maestros. Ver sobre este tema *La máquina cultural*, Planeta 1997, Buenos Aires.

¹⁵. Ver al respecto el libro ya citado de Silvia Sigal.

¹⁶. Aquí podemos descifrar la lectura de Michel de Certeau.

¹⁷. Hacia fines de los años sesenta —en el contexto de una dictadura militar, de tono cultural conservador y católico que perseguía a los jóvenes y a las manifestaciones de vanguardia artística en general— comienza a desarrollarse el luego llamado *rock nacional*. En esos años comenzaron a surgir grupos de rock urbano en Buenos Aires y Rosario, que si bien imitaban las formas estéticas del rock inglés y americano, fue producido en castellano, y sus letras tenían un componente poético y contracultural. Aunque el movimiento de rock siempre se desarrolló en forma paralela a las juventudes políticas, con la última dictadura militar asumió un lugar político dada la represión que el régimen tuvo sobre lo juvenil en general llegando a su punto de máxima expresión con la tragedia de la Guerra de las Malvinas, etc.

¹⁸. De Enrique Vazquez (1985) podemos citar *La última*. Origen, apogeo y caída de la dictadura militar. EUDEBA, Buenos Aires, *Entrevistas de Mona Moncalvillo s/r*. Editorial Humor, revista muy significativa durante los años de la dictadura, entre otras.

¹⁹. Así el discurso dominante de esos años era debatir en torno a los mecanismos microsociales que generaban una cultura autoritaria, legitimadora de los golpes de Estado. Había que erradicar el autoritarismo, tanto en las relaciones de género, como en la escuela, el trabajo, la empresa. Se debía crear a nivel micro una nueva cultura política, legitimadora del sistema democrático. He desarrollado este tema en Wortman (1996).

²⁰. Estamos hablando de la revista *Debates*, revista producida por el Centro de Estudios de Estado y Sociedad, CEDES, parte de sus intelectuales formaron parte de los intelectuales orgánicos del gobierno de la transición.

²¹. Ver Sarlo, Beatriz 1988 "Una legislación para los mass media" en Revista *Punto de Vista*

²². Jaqueado por el sindicalismo, las FFAA y sectores reaccionarios de la cultura, a lo que se sumó, el confuso episodio del asalto al cuartel militar de la Tablada, hicieron abandonar la utopía cultural del comienzo de la transición El asalto al cuartel militar de La Tablada, en la provincia de Buenos Aires, constituyó un confuso episodio que contribuyó a enrarecer el clima político ya existente, a partir del asedio financiero a la incipiente democracia. Un grupo denominado *Movimiento Todos por la Patria*, realizó una acción guerrillera a partir de la información de la existencia de una amenaza de golpe de Estado, acontecimiento e información que nunca terminó de esclarecerse. Al poco tiempo, el entonces presidente Alfonsín tuvo que adelantar la entrega del poder dado el contexto de hiperinflación, y saqueos a supermercados que amenazaban el orden social.

²³. Su peso fue tan fuerte que, para dar cuenta de ciertas prácticas culturales y de un estilo de acción social, se habla de cultura menemista.

²⁴. A partir de 1992, muchos trabajadores pasan a no tener relación de dependencia, es decir que el Estado ya no se hace cargo de su salud ni de su seguridad social, y deben aportar a la caja de autónomos.

²⁵. Según datos de la revista *Mercado* de 1999, el 90% de la población argentina tiene un aparato de televisor y de ese total, el 47,7% está abonado a alguna empresa de cable.

²⁶. He desarrollado esta cuestión en el artículo "Identidades sociales y consumos culturales: el caso del consumo de cine en la Argentina", de próxima aparición en la Revista *Intersecciones* de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina, y del cual se ha presentado una versión en inglés en *III Crossroads in Cultural Studies*, Birmingham, June 21-25th, UK.

²⁷. Landi ha analizado la conformación de públicos de la cultura en el marco de una investigación más amplia de carácter regional y comparativo promovida por CLACSO. Un dato relevante de dicha investigación es el lugar creciente que ocupan los medios masivos en el marco de los consumos culturales en el tiempo libre de los porteños y habitantes del llamado Gran Buenos Aires. Aunque se comparte este dato con otros países, también sigue teniendo un lugar significativo, las salidas culturales en el espacio público, las cuales han disminuido fuertemente en otros países de la región. Compárese en este sentido con los resultados de la investigación coordinada por Néstor García Canclini para el caso de la ciudad de México (García Canclini, 1990).

²⁸. Pocas son las investigaciones existentes en la Argentina sobre la cuestión de los consumos culturales. Podemos citar, además de la investigación del equipo de Landi, una investigación de Finkelievich, Vidal y Karol sobre el impacto de la videocasetera en la transformación de los consumos y prácticas culturales, así como también del crecimiento de los abonados a la TV cable y la aparición en los noventa, hoy fenómeno masivo, de la telefonía celular (1992).

²⁹. La cuestión del cuerpo, como síntoma y lenguaje, es abordada en numerosos artículos periodísticos de su autoría.

³⁰. Sólo lo hace en un capítulo de *Escenas de la vida posmoderna* (1994) y en un artículo sobre la situación del Canal estatal ATC (1994b).

³¹. No comparto la idea de que las empresas generan políticas culturales. Prefiero pensar las políticas culturales como políticas públicas, en un sentido habermasiano.

³². En relación a las distintas formulaciones y criterios existentes para definir de qué hablamos cuando decimos políticas culturales, nos resulta de interés en este sentido incluir las reflexiones de Brunner.(Brunner,1987:279). Desde esta perspectiva las consecuencias que tuvo en la cultura la política de privatizaciones de los canales de televisión en la Argentina no permiten hablar de políticas culturales efectivas. En este caso se trata de políticas, que pueden tener efectos que no operan de manera directa o inmediata, pero significativas en su resultado. Por ejemplo la determinación de pautas de financiamiento para las actividades culturales. Podemos hablar de políticas culturales específicas que condicionen dichas pautas.

³³. Dejamos de lado sus producción intelectual más vinculada al campo literario

³⁴. Mariano Grondona y Mauro Viale son periodistas televisivos, que si bien con audiencias televisivas variables, han incidido en la conformación del universo de sentido común hoy en crisis en la sociedad argentina.